

su vuelta en proporción del tiempo que le falte para completar aquel término, salvo el caso de que su regreso sea ocasionado por razones de salud ó por otros casos independientes de la voluntad del agente.

Art. 12º El gobierno mexicano pondrá á disposición del gobierno frances los agentes que no le parezcan aptos para el servicio de México, en cuyo caso les ministrará los gastos de regreso á su patria, y el sueldo conforme á su grado en Europa, desde el dia de su embarque hasta el de su llegada á Francia. Ademas, tendrá derecho á una indemnizacion de licenciamiento equivalente á tres meses de su sueldo en Europa.

Hecho por duplicado en México, á 27 de Setiembre de 1865.

F. DE P. CESAR.

ALFONSO DANO.

Un sello de laque que dice: "Legacion de Francia en México."

Otro sello de laque que dice: "Ministerio de hacienda y crédito público."

Es copia. Washington, Marzo 12 de 1866.

IGNACIO MARISCAL.

NUMERO 21.

LEGACION MEXICANA EN LOS ESTADOS-UNIDOS
DE AMERICA.

WASHINGTON, Setiembre 21 de 1867.

NUM. 420.

Historia militar del general Grant.

Tengo la honra de remitir á vd. ejemplares impresos de una introduccion á los lectores hispanoamericanos que he escrito para la edicion en español de la Historia militar del general Grant, que está ahora en prensa. La referida introduccion manifestará á vd. los motivos que me movieron á emprender la traduccion y las personas á quienes la dejo encomendada.

Voy á distribuir estos en la república y en la América central y del Sur.

Reproduzco á vd. las seguridades de mi muy distinguida consideracion.

M. ROMERO.

C. ministro de relaciones exteriores.—México.

HISTORIA MILITAR
DEL GENERAL ULISSES S. GRANT.

Escrita en inglés por el general Adam Badeau,
 del estado mayor del general Grant,

Y traducida al español por Ignacio Mariscal y Juan N. Navarro,
 con una introducción á los lectores hispanoamericanos,

ESCRITA POR MATIAS ROMERO.

A LOS LECTORES HISPANOAMERICANOS.

En Octubre de 1864 vino á Washington por invitación mia el general D. Manuel Doblado, ciudadano distinguido de México, con objeto de visitar la capital de los Estados Unidos. Después de haberlo yo presentado al presidente Lincoln y á Mr. William H. Seward, secretario de Estado, se decidió á ir á ver el ejército del Potomac, que estaba acampado en la ribera de los rios James y Appomattox, frente á Richmond. No hablando inglés el general Doblado, y deseando yo ver por mí mismo el estado que guardaba la situación militar en el punto más importante del teatro de la guerra, para poder formar una idea, algun tanto aproximada, de las probabilidades que ofrecía el término de una lucha que tanto nos interesaba entonces, me decidí á acompañar á dicho general, en su visita al ejército del Potomac.

El día 22 salimos de Washington, llevando cartas de introducción de los secretarios de Estado y de guerra, para el general Grant, á cuyas órdenes inmediatas estaban las fuerzas que operaban sobre Richmond. El día 24 desembarcamos en City Point, en donde se había establecido el cuartel general. En cuanto llegamos á aquel lugar y encontramos donde alojarnos, nos dirigimos en busca de la habitación del general Grant. Yo no lo había visto ántes, y lo conocía solamente por el concepto que se tenía de él en virtud de sus hazañas anteriores, con especialidad la toma del fuerte Donelson y captura de Vicksburg, como militar de genio y hombre de buen juicio, sin aspiraciones políticas. Mi sorpresa fué extremada al encontrar al teniente general de los ejércitos de los Estados Unidos alojado, no en el mejor edificio del lugar, como lo habría estado un simple general de división de cualquier ejército europeo, sino en una humilde tienda de campaña, que en su apariencia exterior no se distinguía de la del último de sus ayudantes, y ni aun siquiera de las de sus ordenanzas. Quedé aun más sorprendido de su modestia al hablarle; nos recibió con sencillez y cordialidad, sin embargo de que las operaciones militares que estaba dirigiendo entonces lo tenían visiblemente absorto, y nos invitó á que nos alojáramos en su campamento. Al entrar en su tienda, mi admiración llegó al extremo; apenas había en ella una modesta mesa con mapas y útiles de escribir, un sencillo catre militar, una estufa y tres ó cuatro sillas de campamento. Comenzamos á conversar con aquel hombre extraordinario, que parecía inspirado al defender su noble causa, y cuya superioridad era reconocida sin murmurar por cuantos lo rodeaban y cooperaban con él en sus patrióticos esfuerzos, y nuestra conversación recayó sobre los asuntos de México. La simpatía que expresó por nuestra causa, lo

fundado de sus ideas respecto á que la intervencion francesa en México no era mas que un incidente de la conspiracion tramada, para subvertir las instituciones republicanas en este continente; las seguridades que nos dió del pronto triunfo de sus armas, y la sinceridad de su expresion; me complacieron mucho y me conmovieron profundamente, pues me hicieron ver que en las horas mas aciagas para nosotros, teniamos amigos sinceros y ardientes en los hombres mas notables de este país y que tarde ó temprano llegarían á regir sus destinos.

Desde entónces adquirí por este general una admiracion y un cariño que el trascurso del tiempo y los sucesos posteriores solamente han venido á robustecer. Terminada la guerra civil en los Estados-Unidos, tuvo el general Grant que establecerse en Washington, y esto me proporcionó la ocasion de verlo con mas frecuencia. Ademas, terminada la cuestion principal, que era la guerra civil en este país, era natural que el gobierno de los Estados-Unidos se ocupara en decidir la accesoria, que era la ocupacion militar de México por los franceses; y el general Grant, por la posicion á que lo llamaban sus distinguidos servicios y la confianza que el país tenia en él, deberia ser consultado por su gobierno en este delicado asunto, ó por lo ménos tendria el derecho de ser oido respecto de él. Todo esto me hacia buscar su sociedad, para informarlo de algunos hechos que no era probable tuviera presentes, no habiendo estudiado de un modo especial la cuestion de México, y que creia conveniente que supiera. Lo ví, pues, entónces con mucha frecuencia; y mis conversaciones con él, en las que descubria la rectitud de su espíritu, la moderacion de sus ideas, su extraordinario buen juicio, su proverbial modestia, su acendrado patriotismo, sus sentimientos verdaderamente republicanos, su respeto pro-

fundo á la libertad y derechos individuales, la sinceridad y firmeza de su carácter y hasta sus virtudes domésticas como hijo, como esposo, como padre y como amigo, me han hecho admirarlo cada dia mas, hasta el grado de llegar á considerarlo como un adorno de la humanidad, y como un hombre de quien pueden enorgullecerse no solo los Estados-Unidos, no ya el continente americano, sino el género humano en general.

Mucho dudo que algun otro extranjero haya tenido las oportunidades que yo para conocer y comprender á este hombre verdaderamente extraordinario.

Las frecuentes conversaciones que he tenido con él en mi larga residencia en este país, me han permitido conocer algunos hechos, que no creo falte yo á la confianza con que me ha honrado, si me tomo la libertad de mencionarlos aquí para conocimiento de los hispanoamericanos. El general Grant está, á mi juicio, animado de los sentimientos mas justos y generosos respecto de todas las repúblicas de este continente: desea que existan entre ellas y los Estados-Unidos las relaciones mas cordiales, fundadas en la justicia y en la conveniencia mutua: que en caso de agresiones europeas se auxilién todas recíprocamente como miembros de una misma familia: que se respeten los derechos de todas, y que los Estados-Unidos no lleguen á adquirir territorio de ninguna de ellas, y en caso de que tal cosa suceda, sea bajo las mismas bases que se adquieren las propiedades entre particulares; esto es, con el mutuo y espontáneo consentimiento de ambos, y cuando convenga á los intereses de las dos partes contratantes. Varias veces me ha dicho que él no pensaria en adquirir por la fuerza ni con ardides ó engaños un solo palmo de nuestro territorio, de la misma manera que seria incapaz de tomarse por fuerza ó con engaño una sola pul-

gada del terreno de un lote sin edificar que está al lado de su casa.

Nunca olvidaré los términos en que se ha expresado al hablar de la guerra que los Estados-Unidos hicieron á México en 1846 y 1847, con el objeto de despojarlo de una gran porcion de su territorio para establecer en él la esclavitud. Creo que no aventuro mucho si expreso mi opinion, de que le pesa haber tomado parte en esa guerra, como oficial subalterno que era entónces del ejército de los Estados-Unidos; que su razon desarrollada en la edad madura, acaso desaprueba la conducta del jóven subteniente, y que si aquellos sucesos se repitieran, tal vez romperia su espada ántes de emplearla en causa tan injusta. Aunque nunca me ha dicho esto, creo que así lo siente, y me fundo para pensarlo así en que esta es la opinion de la gente de mas juicio de este país, que considera aquella guerra como injustificable y producida tan solo por los esfuerzos de un partido en posesion del gobiernó, con objeto de conservar su preponderancia política contra el sentir de la mayoría y parte mas sana de la nacion. Estas son especialmente las ideas del partido político que rige ahora á este país, y al cual pertenece el general Grant.

La muy alta posicion que ocupa ahora el general Grant, y la mas elevada aún á que podrá ser llamado por el voto de sus conciudadanos, y de seguro que alguna vez lo será, hacen que estas ideas y estas simpatías tengan un interes y una significacion especiales para los hispanoamericanos.

La frecuencia con que he tenido el gusto de ver al general Grant, me hizo saber que uno de sus ayudantes que lo ha acompañado desde la campaña de Vicksburg, que ántes de entrar al ejército habia adquirido fama como escritor ameno y distinguido, se ocupaba en escribir una historia del general que, siendo revisada por este, deberia ser exacta en to-

dos sus detalles. Ademas, siendo la historia del general Grant, la de la guerra civil de los Estados-Unidos, bajo su aspecto militar, y deseando dar á conocer á mis conciudadanos, tanto los sucesos como el héroe, creí que haria un servicio á mi país, traduciendo ó haciendo traducir este interesante libro. La perspectiva de un próximo viage á mi patria, que me sirviera de recreo despues de ocho años de árduas labores en esta ciudad, me hizo pensar que tendria el tiempo necesario para hacer la traduccion por mí mismo, lo cual deseaba verificar en prueba de consideracion al general Grant.

Hablando sobre este asunto con el general, y sabiendo que el primer tomo de la obra no estaria concluido sino hasta despues de mi salida de este país, le supliqué me facilitara las pruebas de la parte publicada para poder llevar conmigo algo del material. El general Grant transmitió mi recomendacion al general Badeau, autor de la obra, quien me dirigió á Nueva-York la carta que traduzco en lo conducente:

“CUARTEL GENERAL DE LOS EJERCITOS DE LOS
ESTADOS-UNIDOS.

“WASHINGTON, D. C., Agosto 8 de 1867.

“Sr. D. M. Romero, ministro de México, &c.

“Mi estimado señor: La casa de los Sres. D. Appleton y Compañía de Nueva-York, que va á publicar mi libro, ha prometido enviarme dentro de pocos dias las pruebas que el general Grant me pidió para vd. Me dicen que publican va-

rios libros en español, y que celebrarían les hiciera vd. el favor de verlos ántes de salir de este país.

"Supongo que desearían celebrar un arreglo con vd. para publicar la traducción que se propone vd. hacer. * * *

"Soy, mi estimado señor, muy respetuosamente, su obediente servidor.

"ADAM BADEAU."

Estando en Nueva-York cuando recibí esta carta, fuí sin pérdida de tiempo [el día 10] á la casa de los Sres. D. Appleton y Compañía. Estuve con uno de los socios, á quien dije que mi objeto era hacer publicar en México esta traducción para que circulara allí; pero que si ellos querían publicarla en su establecimiento haciendo uso de los mismos planos y grabados de la edición inglesa, tendría mucho gusto en cederles mis manuscritos sin compensación ninguna pecuniaria, puesto que en este caso el libro circularía no solamente en México, sino en toda la América española, y llenaría mejor mi objeto. El Sr. Appleton aceptó desde luego mi proposición.

Este nuevo arreglo me imposibilitaba para hacer la traducción por mí mismo, supuesto que teniendo que salir á poco de los Estados-Unidos, y mucho ántes de que se publicara el segundo tomo de la obra, no podría consagrarle la atención que el asunto requería, y que exigiría además mi presencia en el país. Para subsanar esta dificultad, solicité de dos mexicanos amigos míos, personas muy competentes para hacer una traducción mejor de lo que yo pudiera, y que abundaban en los mismos sentimientos que yo, que se encargaran de este trabajo, á lo que desde luego asintieron con la mejor voluntad, y han comenzado ya con la parte que

á cada uno le tocó. Yo me reservé una muy pequeña, que ni por esto me fué posible concluir. Los dos mexicanos á quienes propiamente se debe este trabajo son, el Sr. D. Ignacio Mariscal, secretario de la legación mexicana en Washington, y el Sr. D. Juan N. Navarro, cónsul general de México en los Estados-Unidos, con residencia en Nueva-York. Les dejo encomendado este negocio, con la confianza de que harán justicia al asunto.

M. ROMERO.

Washington, Setiembre 15 de 1867.